SEXTA PARTE

Rencuentros reparadores: víctimas, familiares y memoria

En el proceso de exhumación, identificación, entierro y acompañamiento se determina que no es posible reparar un daño que ha tocado a lo más profundo de una sociedad y la rompe en trozos tan diminutos que solo es posible esperar un poco de alivio al dolor desgarrador que destruye a las familias y las dinámicas de vida de una comunidad étnica e interétnica.

El etnocidio de Bojayá genera múltiples separaciones: no solo de los cuerpos que son inhumados, fraccionados en fosas distintas y mezclados en un nivel indeterminado; sino que además divide familias, aleja personas del lugar donde enterraron sus ombligos, profana territorios sagrados, entre otras acciones que a la postre generan distancias que siguen profundizando el dolor. Honrar los sagrados espíritus ha permitido aliviar muchos de estos dolores. Este alivio se identifica en varios niveles:

- Encontrarnos entre organizaciones, familiares, líderes y lideresas integrantes de la comunidad para hablar del estado en que se encuentran las víctimas mortales de la masacre y atender a las preocupaciones sobre los desaparecidos es el primer paso que permite buscar soluciones.
- El desarrollo de asambleas y diversas reuniones tiene un valor muy importante para contribuir al alivio: volver a Bojayá después de 15 o más años de haberse alejado por el impacto del conflicto vuelve a generar esa conexión con el territorio, con sus gentes, vernos con los familiares, amigos y toda la vida que la violencia nos ha arrebatado.
- En 2002 muchas personas simplemente desaparecen, en los años siguientes toca tratar de adaptarse a su ausencia, pero no se había tenido la oportunidad de despedir a aquel ser querido. Las exhumaciones se convierten en un

momento doloroso de rencuentro, donde se evidencia el intenso dolor que generan las pérdidas invaluables e irreparables, donde muchas personas se pueden desahogar, hacer el duelo aplazado durante tantos años.

- Volver a hablar del dolor colectivo, de aquellos que se fueron, recordar los momentos destacados de la vida familiar y comunitaria es de los momentos valiosos que permite el proceso.
- Las historias de vida de las víctimas que se reconstruyen entre el 2017 y el 2019 y lo rencuentros de familias tienen una importancia mayúscula cuando hablamos de aliviar esos dolores y reconocernos, trasmitir esos afectos a los **renacientes** es algo simplemente maravilloso.

Cada uno de los momentos de rencuentro parece un ambiente festivo, a pesar del profundo dolor que embarga a la comunidad, al remover las heridas que permanecieron abiertas durante tantos años. Verse nuevamente con aquel hermano, tío, primo hermano o el amigo que está viviendo en Cartagena, Medellín, Quibdó o cualquier lugar de la geografía nacional también es un motivo para estar feliz. Después de los hechos luctuosos del 2002 y la dispersión generada, solo los momentos de asambleas o encuentros familiares permiten compartir en un mismo espacio entre integrantes de la misma familia que están radicados en diversos lugares del país. Solo en esos momentos tienen la oportunidad de hablar con calma de las historias de su doliente, resolver pendientes de muchos años, perdonarse entre sí o aclarar malentendidos que en muchas ocasiones habían enfriado las relaciones. Simplemente volverse a abrazar.

Estos rencuentros también permiten conocerse y reconocerse. Personas que permanecen fuera del territorio durante 15 o más años ya no conocen a aquellos nuevos integrantes de la familia; los huérfanos pueden disfrutar de su familia extensa. Todos se vuelven a reconocer como comunidad ya que estos rencuentros trascienden a las relaciones familiares y esa alegría se vuelve comunitaria.

Como lo recuerda Elizabeth Álvarez, conocida como Lucero, el proceso permite no solo el rencuentro familiar sino el fortalecimiento de los lazos, vínculos y símbolos que hacen la misma comunidad:

> Además de ir a acompañarlos en el dolor también veíamos que era pues la oportunidad que tenía la familia de volver a rencontrarse. Porque muchos, después de lo que sucedió aquí, no habían tenido la oportunidad de regresar. Y entonces es como que un aprovechamiento poder estar en familia, poder compartir y sobre todo que en la misma dinámica recordaba uno mucho a esa persona que murió, con sus virtudes, su fortaleza, y eso es pues significativo. Por otro lado, pues veía que también en el proceso algo muy importante es cómo se va gestando y cómo se va fortaleciendo lo que es el Cristo, porque en muchas ocasiones no solamente yo, mi mamá, Rosita, todas le pedíamos fortaleza a ese Cristo. O sea, es como que de allí ya le vamos dando relevancia, desde antes pues ya lo hemos hecho, pero sentir de que Él nos daba la fuerza específica, las fuerzas necesarias para poder continuar y avanzar en el proceso.

Encuentros familiares: reconstrucción de las historias de vida y los álbumes de familia[62]

Imagen portada en madera de los álbumes familiares. 2019. Foto: Yúber Palacios.

[62] Este aparte presenta un resumen del documento «Documentación de historias de vida de las víctimas mortales de la masacre de Bojayá» elaborado por Yúber Palacios. El documento completo se encuentra en la página web bojayacuentaexhumaciones.com.

La iniciativa de reconstruir las historias de vida tiene la intención de conectarse con Bellavista viejo, con el tiempo pasado, con la cultura, con la tradición, con la sociedad nueva y la que dejamos atrás, con el río, la fauna y flora, las prácticas tradicionales que se han venido perdiendo, la comunidad, las familias, nuestros muertos, nuestros orígenes. Es decir, reconstruir el tejido familiar y social con la vida que por el conflicto tuvimos que dejar. En este ejercicio se recolectan relatos, cantos, anécdotas, fotografías, objetos y dibujos que permiten recordar no solo a las 102 víctimas mortales de la masacre, sino a todos los que ya no están con nosotros y así poner el sello de que los derechos, libertades, bienes y honra deben ser respetados por todos los seres humanos para tener vida larga sobre y no debajo de la tierra.

Tenemos claro que uno de los procesos más dolorosos, y alentadores a la vez, desde el punto de vista reparador y sanador para los núcleos familiares de Bojayá, es la reconstrucción de historias de vida. Este proceso acompaña la exhumación, identificación y búsqueda de nuestros desaparecidos para llegar hasta la fase de velorio y entierro como despedida espiritual.

Con los perfiles de vida buscamos acercarnos a las memorias de vida que reúnen los familiares de sus fallecidos. Buscamos que sean una especie de sendero que conecte y represente los procesos de duelo y resistencia de la comunidad y la familia, y así, poder de alguna manera entender la magnitud de lo innombrable, sentirlo, transitarlo y transformarlo sin que se abran nuevas heridas.

Adicionalmente, con el transcurrir del tiempo, la nueva generación de niños, niñas y jóvenes están preguntando al interior de sus familias, amigos y comunidad sobre lo ocurrido cuando ellos no estaban o eran muy chicos. Buscando respuestas sobre la verdad, quieren comprender sobre sus familiares asesinados, conocer sobre las vidas de hombres y mujeres que se pierden con este acto etnocida:

> "¿Por qué fueron a la iglesia?", "¿Qué fue lo malo que hicieron?", "¿Por qué los mataron?", "¿Quiénes eran?", "¿Cómo eran?", "¿Dónde vivirían si estuvieran vivos?", "¿Dónde están?", "¿Por qué nadie me dice nada?", "¿Por qué me quitaron la oportunidad de conocerlo?", "¿Cómo sería hoy en día?", "¿Qué le gustaba hacer o a qué se dedicaba?", "Me pregunto en silencio ¿por qué tenía que ser él?, y nadie me responde". "Desde 2002 no lo veo; quería conocerlo; quisiera haber compartido con él".

Con estos interrogantes vemos que la intención de esta nueva generación es conocer a profundidad su familiar masacrado. Para las familias se hace muy complejo responder, dado que «recordar es vivir» el dolor en carne propia que han llevado durante todos estos prolongados años.

Esto nos lleva como Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá y familiares sobrevivientes a inferir que es necesario construir las historias de vida de las personas asesinadas en la masacre de Bojayá. Esto sería como una hierba medicinal ancestral como es la santa maría de anís o la santa maría blanca para curar o aliviar al doliente el dolor de cabeza que estábamos padeciendo los familiares, amigos, amigas, personas cercanas y de manera general todo el municipio de Bojayá frente a estos interrogantes. Con este tratamiento milenario, garantizado por nuestros sabedores

ancestrales, tomamos la decisión de transitar las trochas tapadas de historias de vida, no solo como un ejercicio de memoria sino como la manera de restablecer el derecho que tienen niños, niñas y jóvenes de conocer y saber realmente quién era o fue su papá, mamá, hermano, hermana, tío, tía, sobrino, sobrina, primo, prima, abuelo, abuela; y sobre todo poder caminar hacia la sanación de la población bojayaseña.

El objetivo público más amplio de las historias de vida es en primer lugar llegar y reconocer todo el núcleo familiar, en segundo lugar, a la comunidad de Bojayá y en último lugar a la humanidad de quienes mueren en la masacre. En un país que se ha acostumbrado a contar muertos, a medirlos por cifras y a no entender todo lo que hay detrás de cada persona a la que se le arrebata la vida; querer compartir sus roles –el familiar y el social– que en ocasiones son tan fuertes que en algunos casos su asesinato pone en vilo la existencia de toda una comunidad.

Esta intención se va afianzando, por otra parte, por el proceso de memoria histórica que como comunidad estamos recorriendo desde hace varios años y que se ha ido materializando en la propuesta de un **lugar de memoria del Medio Atrato**. En el proceso de definición de esta ruta, líderes y lideresas del Comité viajan hacia varias regiones del país y conocen experiencias de otros lugares de memoria, como el Salón del Nunca Más, en Granada, Antioquia. Allí, pueden evidenciar la forma que adquiere la memoria de los seres ausentes que ha dejado el conflicto armado. Tras retornar de este viaje, el Comité acuerda que uno de los componentes del lugar de memoria estaría orientado a fortalecer los procesos de trasmisión y pedagogía de la memoria con especial orientación a la población juvenil e infantil.

En tal sentido, cuando se emprende el proceso de concertación y de implementación de todas las acciones que nos llevan a la exhumación de los muertos de 2002, sabemos que Comité y familias tenemos que realizar nuestra tarea de dar respuesta a los interrogantes y reclamos planteados por esta población de menores, **renacientes** del territorio. Por ello gestionamos, como parte del proceso emprendido, el apoyo del Centro Nacional de Memoria Histórica, para cumplir dos propósitos específicos. El primero, acompañar desde su experiencia y recoger con sus capacidades técnicas, tecnológicas y logísticas insumos para la documentación local del proceso forense a desarrollar y trasladarlos al Comité para su archivo y conservación. El segundo, acompañar al Comité en el diseño e implementación de la metodología para las historias de vida de las víctimas mortales de la masacre como parte integral del proceso técnico forense de Bojayá.

Una vez acordada esta ruta de trabajo, identificamos que las historias de vida iban a ser fuertes e impactantes. Esto implica un mayor desafío. De hecho, nos pone a buscar en nuestro jardín botánico ancestral un calmante o relajante que sirva como antídoto para reconstruir las historias de vida sin afectación. Definimos entonces que las historias de vida se contaran desde la alegría, la felicidad, el amor; desde lo social, lo político, lo cultural y lo espiritual. Las historias de vida nos permitirían contar la verdad sobre los sucesos que vivieron nuestros hermanos y hermanas, y eso lo logramos evitando revictimizar o ahondar en el dolor de las familias.

Para desarrollar las historias de vida se vincula un equipo local de trabajo conformado por un coordinador e investigadores locales: Yúber Palacios, Boris Velásquez, Jhon Fredy Pinilla, María Ángela Palma y Jhon Fredis Velásquez.

Durante una semana en la ciudad de Medellín, el equipo recibe capacitación de Germán Arango –más conocido como Luckas Perro, de la corporación Pasolini en Medellín– sobre manejo de cámaras, grabación, construcción de guion, entre otros temas. La intención es que el equipo esté preparado para tomar la información sin traumatismo y con una alta calidad en los registros fotográficos, sonoros y audiovisuales. Este es el mismo equipo que durante todo el proceso de exhumación acompaña el registro audiovisual y fotográfico como garantía de la documentación autónoma del Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá.

Una vez culminado el proceso de exhumación y mientras los cuerpos son analizados para su **individualización** e **identificación** se inicia la construcción de las historias de vida. Primero se realizan pilotajes de la metodología establecida entre el Comité y el Centro Nacional de Memoria Histórica con dos familias de los integrantes del Comité: la familia Perea Palma del líder Herlin Perea y la familia Cuesta Córdoba del investigador local Jhon Fredy Pinilla. Esta etapa cuenta con el apoyo de la Universidad de la Columbia Británica en Canadá. Previamente a la implementación de los pilotajes, el Comité y el Centro Nacional de Memoria Histórica revisan las fichas que registran la información de cada familia, así como la **información *ante mortem*** que el Comité y Equitas elaboran.

En principio se contempla la realización de treintaidós encuentros familiares que se desprenden de los veintitrés troncos familiares que establece la **información *ante mortem.*** Sin embargo, algunos grupos se subdividen según las necesidades que surgen con la realización de los encuentros familiares. Al final se realizan cuarenta encuentros que resultan en cuarenta álbumes familiares. Los álbumes recogen las historias de vida de más de una persona; es decir, todas las pérdidas humanas que cada núcleo familiar tiene –en algunos casos hasta seis personas por álbum–. Los encuentros se hacen recorriendo los departamentos de Chocó y Antioquia, en los municipios de Bojayá, Vigía del Fuerte y las ciudades de Quibdó y Medellín.

El proceso de historias de vida tampoco es ajeno a las dificultades que se van presentando en las fases de exhumación e identificación. El cambio de Gobierno en el 2018 supone grandes retos para la acción y gestión del Comité y para la misma continuidad del proceso y acompañamiento de las historias de vida. En el nuevo escenario tenemos que insistir en la perspectiva étnica y territorial de nuestras acciones de memoria histórica y en la necesidad de continuar los encuentros familiares para cumplir con las expectativas que tienen las familias de tener los álbumes como parte constitutiva de la entrega de los cuerpos y de su entierro.

«Por más fuerte que sea la tormenta, ella nunca ha logrado tapar el sol» y Bojayá logra brillar reconstruyendo las historias de vida entregadas en el mes de noviembre de 2019 a los familiares sobrevivientes como una de las acciones de homenaje que acompañan los días de encuentro colectivo para velar y enterrar a los muertos de la masacre.

Metodología

Previo a los encuentros familiares

Concertación / identificación familiar

Realizamos un primer acercamiento que consiste en una conversación presencial o vía telefónica con un representante de la familia para explicarle el objetivo e importancia de hacer los encuentros familiares. Cada representante del grupo familiar con el apoyo del coordinador del proceso de reconstrucción de historias de vida asume la responsabilidad para llevar a cabo el encuentro respectivo. El representante brinda la información a sus familiares y le informa al Comité los nombres de quienes desean asistir de manera voluntaria al ejercicio propuesto.

Esto nos permite tener claro el estimativo y condiciones para cada encuentro familiar, como también, tener un mapeo de las familias para su abordaje: si vienen participando del proceso de exhumación e identificación, si son católicos o cristianos, cuántos son personas adultas y cuántos menores, el número de víctimas de cada familia, los avances en el proceso de **identificación**, etc.

Solicitud de mementos a las familias

En la concertación con los representantes de cada familia se les solicita traer consigo los objetos, prendas, fotografías, imágenes, cantos, versos, poesías y demás elementos que quieran compartir sobre su ser querido muerto en la masacre. Estos objetos se convierten en un homenaje a sus seres queridos. Es fabuloso ver cómo las familias llevan al espacio diferentes objetos hechos por ellos mismos y otros conservados en medio de la adversidad.

Todo es especial y mágico porque cada objeto tiene un sentido, recobra una historia desconocida que se comparte con todos los asistentes al encuentro. Por ejemplo, algunos madrugan a preparar «el tapado de bocachico» porque es la comida predilecta de su ser querido, pues quieren recordarlo con ese plato exquisito cuando de madrugada se levantaba a ver su trasmallo y traía el bocachico de la faena de pesca al pueblo para ser vendido; pero eso sí, siempre dejando una porción de peces para alimentar a los suyos.

Durante los encuentros familiares

Inicio

La jornada comienza con la invocación de una oración o de alguna expresión espiritual que permite respetar las creencias religiosas de cada integrante. Posteriormente, el coordinador explica el objetivo de los encuentros familiares y las pautas para el registro fotográfico, sonoro y audiovisual, se solicita el consentimiento informado y se informa la forma cómo se custodiarían y archivarían los insumos que las familias traen.[63]

[63] La idea es que comprendieran su derecho a parar o eliminar cualquier parte de la grabación y que su participación fuera totalmente voluntaria.

Para empezar a tejer un ambiente de confianza y espontaneidad se pide a las personas decir su nombre, con qué han sido **ombligados**, lugar de nacimiento, apodo, elemento u objeto de la naturaleza que lo identifica y un movimiento corporal. Con esta actividad llegamos a lo más profundo de cada uno de nosotros: por primera vez nos cruzamos unas palabras para que nos riamos y aprendamos el nombre y el apodo del otro. Algunos aprovechamos el momento para preguntar a nuestras madres con qué nos habían ombligado porque no sabíamos.

Los encuentros familiares son momentos de homenaje y de reconocimiento del ser querido ausente más allá de su nombre o apodo, conocemos el objeto o cosa de la naturaleza que lo identifica, sus gustos, las anécdotas que nos permiten recordarlo. Este paso genera compenetración familiar y genera un ambiente cada vez más íntimo para el diálogo y el compartir.

Un ejercicio individual con el que se preparan las familias es la construcción del libro «Mis mejores dibujos». Cada persona crea un libro personal, escoge su portada y con la mano izquierda para quien fuera derecho o viceversa, escriben y adornan el título, dibujan el árbol que les haya marcado en sus vidas. Finalizado el ejercicio cada uno comparte el libro y el árbol que lo identifica.

La portada familiar

De los nombres y apodos personales, se pasa posteriormente a indagar por la forma como las familias son identificadas en el territorio para construir la portada del álbum. En esta actividad, algunas familias ya tienen su nombre y apodo, por el cual se reconocen y los reconocen en el territorio. En otros casos, algunos no se sienten recogidos con esa identificación familiar y por esta razón algunas familias toman la decisión de construir una nueva donde todos se sientan más cómodos.

En algunas de las nuevas identificaciones se ven reflejados los valores éticos y morales inculcados por los padres fallecidos en la masacre. Muchos manifiestan que es como una prueba para medir cómo quedan sedimentadas esas bases y principios inculcados por nuestros mártires para vivir en sociedad.

Imagen de una página del álbum de la familia Perea Palma. 2019. Foto: Pilar Riaño.

Imagen de una página del álbum de familia. Foto: Centro Nacional de Memoria Histórica.

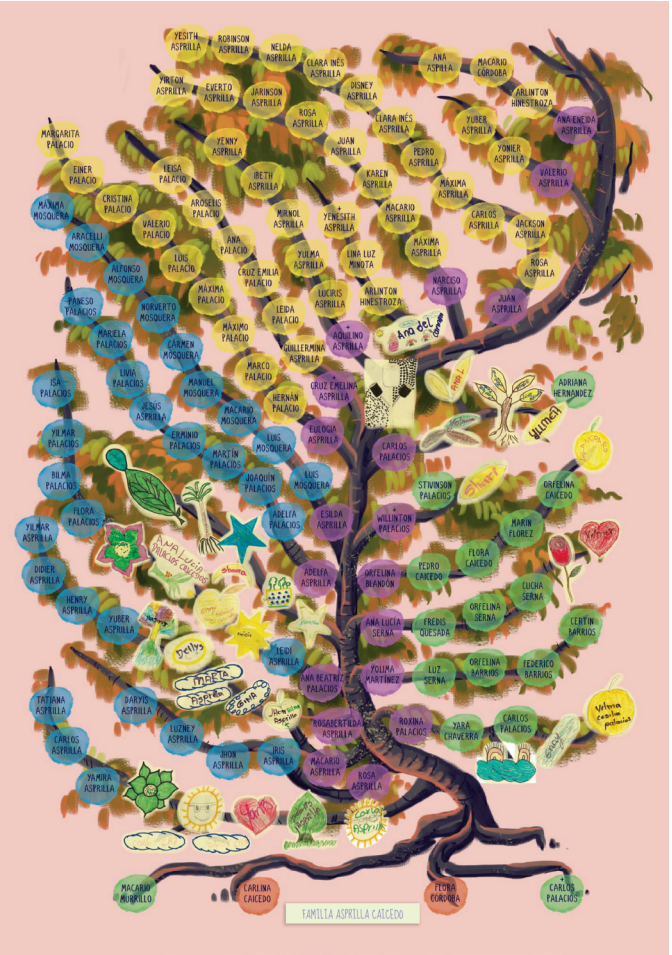
Árbol familiar de la vida

Tomando como base el **árbol genealógico** de la familia se invita a las personas participantes a construir colectivamente el *árbol familiar de la vida*. En él se representa cada persona incluidos los ausentes y familiares que no pueden estar o participar del encuentro.

Este es uno los pasos que mayor tiempo demanda para algunas familias, pues registran de ocho a diez generaciones. Esto implica escuchar a la persona que al interior de las familias tiene un amplio conocimiento de sus antepasados. En algunos casos los asistentes hacen múltiples llamadas para complementar con otros familiares la información para el árbol.

Esta actividad genera una gran integración familiar. Los **mayores** se destacan como referentes o guías de enseñanza para que los menores conozcan de dónde vienen. El árbol se convierte así en una especie de memoria viva que estaremos cuidando y alimentando para darnos frutos saludables.

Una vez finalizada la actividad, una de las personas o en ocasiones varias explican el árbol construido.



Imágenes de dos árboles familiares de la vida. Foto: Centro Nacional de Memoria Histórica.

Construcciones colectivas de los retratos personales de las víctimas

Esta actividad consiste en un diálogo sobre los rasgos físicos y de personalidad de los seres queridos muertos. Se cuentan anécdotas y se crean versos, poemas, décimas, cartas u objetos de homenaje a las víctimas. Este es el momento que permite resolver interrogantes de niños, niñas y jóvenes, pues da a conocer lo que fueron e hicieron nuestros muertos durante su corta vida. Esta actividad es una de las más dolorosas de las familias: hay mucho llanto al contar las anécdotas o vivencias de sus seres queridos y esto irradia en los otros integrantes de las familias que no cesan de llorar. Es tan duro que muchos prefieren guardar silencio y hacer una pausa o parar los encuentros ya que algunos no aguantan el dolor y prefieren salir del espacio.

La actividad también impacta al equipo de construcción de historias, varios de los encuentros

nos hacen arrancar lágrimas junto a las familias. Sin embargo, tomamos aire y sacamos fuerza de lo profundo de nuestro ser y asumimos el apoyo a los familiares desde la solidaridad y reconocimiento del dolor, que también es nuestro, pues como equipo de investigación cumplimos el doble papel de familiares de las víctimas.

Las historias son narradas desde diferentes ángulos y con el propósito de resaltar los legados dejados por los familiares muertos. Todas las historias son impactantes, pero las palabras expresadas por los nietos y bisnietos son especialmente duras al expresar la ausencia de sus abuelas y abuelos, y las cosas que hubieran hecho con ellos.

Foto familiar y cierre

Para cerrar se hace un registro fotográfico de toda la familia y se integran los retratos de los ausentes. Después de una extenuante jornada de trabajo nos permitimos cerrar el espacio con unas lindas palabras de amor y admiración por la familia y se hace una oración de despedida. Las familias comparten posteriormente una cena como un momento íntimo para afianzar los lazos de unidad.

Posterior a los encuentros familiares

El equipo de comunicación realiza un registro detallado y riguroso que sigue un protocolo de organización de información de los materiales generados del encuentro –físicos y digitales– como insumos para la construcción de los álbumes familiares. Dicho protocolo incluye los procesos de acopio, digitalización, inventario y custodia de la totalidad de materiales físicos recogidos, además de los archivos sonoros o audiovisuales recopilados en los encuentros.

Como comunidad hemos venido solicitando en múltiples espacios y trabajando para lograr construir un **lugar de memoria del Medio Atrato**, pero aún no se ha materializado. Los álbumes familiares se han convertido en nuestros propios lugares de memorias. Como buenos creativos hemos recurrido a establecer desde los rincones de las casas una especie de lugar de memoria con los «álbumes familiares» para seguir desahogándonos y elaborando el duelo a solas, en silencio, en el hogar, recordando a nuestros familiares por medio de sus prácticas artísticas y culturales para seguir afianzando la reconciliación y construcción de la paz desde las casas violentadas.

Esta consolidación de las historias de vida que logramos entregar a los familiares en el marco de la despedida espiritual de nuestros muertos es una acción de reparación simbólica que les dignifica como ser humano, aun después de la muerte. Nos ayuda a seguir visibilizando la transformación de Bojayá como símbolo de resistencia. Es necesario realizar los encuentros en el territorio para decirles a la sociedad colombiana y al mundo, con nuestras propias voces, con nuestros símbolos, que la memoria permanece viva en nuestras lesiones cicatrizadas, nuestras mentes, corazones, y que la paz nos beneficia a todos y todas.

Con el proceso de historias de vida se generan espacios participativos e incluyentes y se crea una estrategia de comunicación con víctimas, líderes y lideresas de la comunidad. El proceso nos deja un gran aprendizaje al registrar una tragedia con miles de historias y un acercamiento a lo más íntimo y profundo de las familias. Los encuentros

nos permiten recolectar las informaciones necesarias para nuestro propio archivo de memoria, asimismo, nos sirven como insumos en los espacios interinstitucionales para las reivindicaciones de derechos del pueblo étnico bojayaseño. Sin duda, estos registros de las historias de vida de las víctimas de Bojayá se convierten en una de las estrategias más ambiciosas con carácter reparador y sanador. Después del entierro, los familiares no se van con las manos vacías, sino cargados del legado más grande que dejan nuestros mártires; que es esa memoria viva que por fin hoy se tiene y que nos brinda la oportunidad de conocer lo que el conflicto desafortunadamente no nos deja conocer.